

lante, las esperanzas que Cassiano albergará en cuanto a su salvación serán cada vez menores. Entiende el poeta que la atrofiada instrumentación de la ciencia ha ido estrangulando la vigencia de los mitos, minando el predominio de un legado cultural esencialmente poético. Sin embargo, en los poemas de *João Torto* palpita, todavía, una esperanza: la de creer que lo mágico podrá volver a predominar sobre lo trágico. De modo que la historia es vista allí, aún, como un proceso reversible, dialéctico, donde las contradicciones que genera la hegemonía del mal son las mismas que permiten alentar las ilusiones del triunfo venidero del bien. No es, entonces, contra la ciencia contra la que se rebela Cassiano Ricardo sino contra la alucinada utilización que de ella se hace. Esa manipulación salvaje, fomentada por una voluntad de dominio tecnocrático y torpemente materialista, está convirtiendo la Tierra en un basural. Ese saldo de sí mismo que es el hombre yace inerte junto a las cosas que se apilan infinitamente en un mismo cementerio de deshechos: la ciudad moderna.⁸

Hacia mediados de los años 50, Ricardo todavía cree, como Ungaretti, que «sólo la poesía salvará al hombre». La humanización de la existencia se le impone no sólo como una necesidad sino también como una posibilidad. Los libros que a partir de entonces se suceden irán, empero, desmintiendo esa esperanza, agotándola. Ya ese mismo 1956, que nos diera *João Torto e a Fábula*, arrojará luego evidencias sombrías del creciente pesimismo de Cassiano. En *O Arranhacêu de Vidro* dirá, en forma terminante, que «la ciencia ha tomado el lugar de la poesía», suplantación que, en la cosmovisión del artista, implica que el diálogo con el mundo (inherente, según vimos, a un vínculo esencialmente poético) ha sido sustituido por el monólogo.

No hablo de las metamorfosis por derecho, diversión o castigo
ni de los dioses, ni de las crisálidas amorosas.
Hablo de la muerte féérica y perpendicular.
Hablo de la lluvia radioactiva
que hoy reemplaza a la lluvia de oro.

Sin embargo, Cassiano no dejará de cantar. Cantará cada vez con más fuerza, cada vez con más originalidad. Su canto será triste: «No es la muerte lo que me asusta; es la vida». Pero será solidario en su fuerza y en su lucidez: «¿Qué es el poeta? / Un hombre / que trabaja el poema / con el sudor de su rostro. / Un hombre como cualquier otro / hombre».

La conclusión, finalmente, parece irremediable: el hombre, para Ricardo, es un desterrado de Dios. Mucho más cerca de los griegos que de la interpretación teológica cris-

⁸ Jacques Elbul, en su libro *Technological Society* (1954) escribe que en la ciudad de mediados del siglo XX la técnica se ha convertido en un monstruoso e incontrolable Frankenstein. Por su parte, René Dubos afirma, en 1968, (*So human an animal*), que la naturaleza humana, fagocitada por la increíble capacidad de adaptación a casi todos los medios ambientales, se ha ido acostumbrando a los horrores físicos y psíquicos de la vida moderna. No sólo ha aprendido a vivir en condiciones adversas sino que también ha aprendido a transformar en adversas unas condiciones que le eran propicias.

«Empezamos a saber —declaró Alfred Kastler, Premio Nobel de Física 1966— que el mundo puede prescindir del hombre. Nuestra especie se destruye aceleradamente, y si un cambio político no detiene ese proceso ya no habrá físicos para estudiar la energía y la materia dentro de cien años, es decir mañana. Por primera vez en su historia el hombre es verdaderamente el árbitro de su propio futuro, desaparecerá o sobrevivirá a causa de su locura o gracias a su inteligencia, tal es la lección que nos da el átomo; aún es posible apostar contra la locura y a favor de la inteligencia, pero el tiempo es escaso» (*Diario La Nación*, 22 de agosto de 1976).



tiana, Cassiano se muestra proclive a concebir a Dios como energía vital, como ley inefable y creadora, pero también como estallante alegría primordial. A medida que ve morir en el hombre el amor a la vida, ve morir a Dios en el hombre. La agonía de Dios y la del hombre son, en Cassiano, una misma agonía.

En 1964, el poeta trazará los últimos, frágiles perfiles de la ternura que es capaz de vislumbrar su mirada. Jeremías, protagonista del libro homónimo, tiene 25 años y uno de sus ojos ya es de vidrio. Simultáneamente aterrorizado y fascinado por los progresos científicos y técnicos, Jeremías resuelve transformarse en un oso para poder estar así junto a los únicos seres donde aún siente que está viva la poesía: los niños. La magia, la fraternidad y el asombro ya no tienen, nunca tendrán, otra residencia.

Os sobrevivientes, que es, como se dijo, de 1971, constituye un texto apocalíptico. Según él, la vida es hoy una concesión de los señores del mundo en cuyas manos, atiborradas de armas, está el pavoroso destino final de la especie. Este hombre arrancado a la alegría en su doble condición de amenazador y amenazado, es menos que él mismo, un ente absurdo de cuya entraña el terror ha succionado toda capacidad de crear y convivir.

Entre dos bombas de hidrógeno
mi corazón palpita sin ningún derecho de opción.
¿De qué vale estar aquí?
¿Acaso no dependo, apenas de un dolor de cabeza
en la cabeza de uno de los grandes
o de la sonrisa de una dama de espadas?

Estar ou Não Estar

Al hombre no le queda sino aguardar la hora de su extinción definitiva. Ha perdido su libertad, y con ella la conciencia capaz de despertar su indignación y su rebeldía. Su vida es un hecho arbitrario, un azaroso equilibrio sujeto a caprichos de amos que no conoce y que lo pueden todo. Tal vez convenga recordar aquí que Cassiano fue paulista y que, como tal, sintió directamente los tremendos efectos de una concepción enajenada del progreso. San Pablo es la ciudad brasileña que mejor y más tristemente atestigua las desmesuras a que suele conducir el desarrollo urbano hipertrofiado. El envenenamiento del aire y del agua, la aglomeración desesperante en sus calles y en sus medios de transporte, la inaudita densidad de un tráfico automotor que cubre la ciudad como una inmensa serpiente que se arrastra con una lentitud que sofoca, los violentos contrastes entre barrios lujosísimos y *favelas* malolientes, unidos a la intoxicación de zonas enteras por efecto de los gases fabriles, hacen de San Pablo uno de los ejemplos más claros y estremecedores de esa actitud contemporánea que el psicoanalista mexicano Fernando Cesarman llamó *ecocidio*: la destrucción voluntaria de la Tierra.

La trama del linoigno

La expoliación del planeta es fruto de una actitud omnipotente; resultado, en suma, de un narcisismo delirante que induce al hombre a creerse más y mejor que el mundo, y a presumir que la transgresión indiscriminada del orden natural no afectará su propia sobrevivencia. Este feroz antropocentrismo, tan criminal como suicida, se asienta, gnoseológicamente hablando, en la comprensión del mundo como mero objeto de uso,